

LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y EL TRABAJO DE LAS MUJERES *

LOURDES BENERÍA
(Universidad de Cornell)

Nos hallamos en un momento de transición hacia una nueva etapa de la economía mundial simbolizada por la transnacionalización del capital productivo y financiero. Esto ha hecho que los gobiernos nacionales hayan perdido parte del control de sus economías domésticas: las políticas económicas keynesianas en gran parte se han vuelto obsoletas. No es que Keynes estuviese equivocado sino que el mundo ha cambiado; cada vez más las soluciones a problemas nacionales se buscan a nivel internacional. Estos procesos de internacionalización pueden venir por caminos diferentes. En España, y en Cataluña, el empuje parece venir en estos momentos de la entrada a la CEE, pero es claro que va más allá tal como lo demuestra la importancia de las inversiones japonesas y norteamericanas en nuestro país. En México, el empuje ha llegado a través de las políticas de ajuste introducidas para hacer frente al problema de la deuda externa. En los dos países las puertas están abiertas a una nueva penetración de las fuerzas económicas a nivel mundial. Se trata de una nueva fase del proceso de acumulación y de una nueva fase del capitalismo, ahora más global que nunca.

Dado este proceso, ¿cuáles efectos se están observando en cuanto al trabajo de las mujeres? ¿Se está observando una feminización de la mano de obra a nivel global? Dentro de los países industrializados la respuesta es un sí categórico: durante los últimos 20 o 25 años la tasa de actividad femenina ha aumentado gradualmente y esta tendencia continúa. En los países de la OECD en algunos casos esta tasa ha sobrepasado el 50 % a pesar de que existen muchas diferencias entre países. En particular, es aún relativamente baja en Irlanda, España, Grecia y Portugal. El aumento de la actividad de la tasa de actividad femenina ha sido muy importante en los países asiáticos recientemente industrializados como Corea del Sur, Taiwán

* Resumen de la Conferencia dada en Barcelona el 25-5-90 patrocinada por la Sociedad Catalana de Geografía y la Sociedad Catalana de Economía. Una versión algo distinta fue dada en Bilbao, patrocinada por la Asamblea de Mujeres, el 21 de mayo.

y Singapur. Pero el panorama no es tan claro para los países del Tercer Mundo, posiblemente porque hay problemas en cuanto a la fiabilidad de las estadísticas. De todas maneras se ha experimentado un aumento claro del trabajo *asalariado* de la mujer casi en todas las partes del mundo, incluyendo los países árabes que tienen tasas de actividad femenina muy bajas. El caso más complejo es el de América Latina donde algunos países han registrado una baja en la tasa de actividad femenina pero seguramente compensada (a pesar de que las estadísticas no lo han contabilizado) por la gran proporción de mujeres que trabajan dentro de lo que se denomina sector informal o economía sumergida.

Todo esto ha hecho, que, cada vez más, el discurso sobre la problemática de las mujeres se haya de internacionalizar. Un caso típico es dado por el trabajo creado por las compañías transnacionales en procesos de producción de trabajo intensivo: textiles, confección, juguetes, plásticos y partes de la industria electrónica, por ejemplo. La crisis económica en los países capitalistas más industrializados de fines de los años sesenta y principios de los setenta intensificó la emigración del capital hacia países de salarios bajos a fin de poder competir en el mercado mundial. La nueva producción en todas partes del mundo, a menudo concentrada dentro de las zonas francas creadas precisamente para atraer al capital extranjero, incluye una gran proporción de trabajo femenino, generalmente muchachas jóvenes de un nivel educativo relativamente alto para sus países. Se trata de una nueva «proletarización a nivel mundial» (dado que tradicionalmente las multinacionales habían empleado mano de obra masculina) debido a la importancia de encontrar la mano de obra más barata posible.

De todas maneras la creación *directa* de empleo por el capital transnacional ocupa una proporción pequeña —menos del 1 % de la población activa mundial. Pero lo importante es que ha creado unas tendencias que tienen muchos efectos *indirectos*, por ejemplo, los procesos de subcontratación por los cuales las compañías transnacionales tienen un efecto multiplicador que pasa por diversos niveles de empresas y talleres de capital nacional —hasta llegar al trabajo industrial a domicilio o a la economía sumergida. Siguiendo estos procesos de subcontratación se encuentra una proporción cada vez más alta de mano de obra femenina a medida que la pirámide laboral descende y los salarios gradualmente son más bajos. Es precisamente en estos niveles más bajos de la jerarquía laboral, junto a los procesos precarios de la economía sumergida y del sector agrícola donde la gran mayoría de las mujeres trabajadoras se encuentran a nivel mundial.

Esto nos lleva a analizar la problemática laboral de las mujeres a nivel global. Por ejemplo, la diferenciación salarial entre hombres y mujeres es universal. En Japón, el líder de la acumulación a nivel

mundial, el sueldo promedio de las mujeres es el 43 % del de los hombres. En los Estados Unidos, esta proporción es del 63 % y en Europa oscila entre el 60 % (Luxemburgo) y el 90 % (Suecia). La explicación de esta diferencia salarial entre hombres y mujeres pasa por muchos factores que van desde la pura discriminación (salario desigual por igual trabajo) a la segregación ocupacional que resulta con los sueldos más bajos por los trabajos considerados «femeninos». Las fuerzas del mercado (la relación entre la oferta y la demanda) y el nivel técnico y educativo de hombres y mujeres son también factores explicativos.

La segregación ocupacional es universal y hace que muchas profesiones y oficios se definan como femeninos o masculinos a pesar de que lo que se considera femenino o masculino varía mucho de país en país y está cambiando alrededor del mundo. Esta segregación hace que las leyes de «igual salario por igual trabajo», bastante universalizadas en la mayoría de los países a pesar de que no siempre se cumplen, sean inútiles porque las mujeres y los hombres no hacen el mismo trabajo. Es por esto que se ha introducido el concepto de «igual salario por trabajo de igual valor», un concepto que ya lleva más de una década de debate y luchas legales en los países anglosajones. La segregación ocupacional, por otro lado, tiene sus raíces en el sistema educativo donde se consolida la socialización de niñas y niños y se les canaliza hacia el mercado de trabajo. Debe incluso irse más atrás para ver que las diferencias de género ya se encuentran entre los niveles de analfabetismo: de 2,6 % la tasa de mujeres y de 1,7 % la de hombres en los países industrializados más ricos; 64,5 % y 43,3 % respectivamente en África; 47,4 % y 25,6 % en Asia; 19,2 % y 15,3 % en América Latina. El analfabetismo cierra muchas puertas pero a las mujeres de una manera especial aunque sólo sea debido a que la incidencia es más alta entre ellas.

La internacionalización del discurso de género afecta muchos otros aspectos del trabajo de las mujeres. Podríamos referirnos, por ejemplo, a la transmisión de ideas y acciones de país a país: prácticas laborales sobre la maternidad, guarderías infantiles, trabajo temporal, «chantaje sexual», etc. La Década de las Mujeres organizada por la ONU de 1975 a 1985 jugó un papel importante para sensibilizar a la sociedad internacional en este sentido. Por ejemplo, cada vez más las acciones sindicales y actos de solidaridad obrera tratan de tener en cuenta unas dimensiones globales. Tal como se ha demostrado con la aparición del «Sindicato 19 de Septiembre», creado en la ciudad de México como resultado de que los empresarios de muchos talleres de confección destruidos por el terremoto de 1985 rescataron a las máquinas antes que a las obreras, la acción a nivel internacional puede ser muy importante para consolidar la iniciativa a nivel local.

Un caso especial para analizar las conexiones entre las finanzas

internacionales y la dimensión microeconómica de la vida cotidiana constituye el problema de la deuda externa. Un fenómeno que comienza con la oferta, por parte de la banca privada internacional, de los petrodólares originados por los altos precios del petróleo al comienzo de los años setenta, se ha convertido en el problema número 1 de las masas de muchos países de África y América Latina. En muchos casos, la deuda fue contraída por gobiernos militares no democráticos, pero es el ciudadano medio el que está pagando la acumulación de intereses y la deuda, sobre todo después del alza de las tasas de interés a finales de los años setenta.

El resultado ha sido desastroso para los países afectados. Las políticas de ajuste patrocinadas por la FMI se aplican con la medicina estándar para «enfermos» tan diferentes como México, Bolivia, Brasil, Nigeria y ahora Polonia. Estas políticas de reducción de gastos estatales, privatización de la economía, devaluación de monedas nacionales con las correspondientes tasas de inflación que han llegado a niveles astronómicos, han reducido el interés real y el nivel de vida de la gran mayoría de la población. Estos programas de austeridad, resultado de una reestructuración económica que ha abierto las puertas al capital internacional y al comercio exterior, han dado lugar también a una verdadera reestructuración de la vida cotidiana a fin de poder hacer frente a la crisis.

A las mujeres, este retroceso social les afecta de una manera especial: muchas han tenido que lanzarse al mercado de trabajo con condiciones pésimas y se han visto obligadas a enfrentarse con la doble jornada típica. La reducción del presupuesto familiar ha intensificado el trabajo doméstico y las angustias asociadas con la reproducción familiar. A menudo, cuando la madre tiene que trabajar fuera de la casa, son los hijos, y sobre todo la hija mayor, que se responsabilizan del trabajo doméstico lo cual parece tener un efecto negativo sobre sus estudios con repercusiones serias a largo plazo. Muchos de los efectos de la crisis han recaído no sólo en la clase pobre y trabajadora sino también en la clase media.

Vemos pues que el nuevo modelo neoliberal que se impone con las políticas de ajuste representa una redistribución profunda de los recursos económicos *dentro* de cada país y *entre* países. Se observa una recomposición de clases y grupos sociales dada que una proporción de la población (sobre todo la asociada con el comercio exterior y el sector financiero) se está beneficiando considerablemente de la reestructuración económica, mientras que la gran mayoría se ha empobrecido. Por otro lado, el pago de la deuda supone un drenaje constante de los países endeudados hacia los países más ricos añadiéndose a la acumulación a nivel mundial. En todas partes del mundo la imposición de este modelo recuerda el del siglo XIX, con la gran diferencia de que las clases medias actuales, incluyendo una proporción privilegiada de la clase trabajadora, son mucho más am-

plias y su nivel de consumo es mucho más alto, lo cual puede explicar la aparente aceptación del modelo.

La segunda revolución industrial está por lo tanto creando nuevas desigualdades sociales, con una proporción importante de la población marginada incluso en los países industrializados más ricos. El modelo se está imponiendo alrededor del mundo con una clase trabajadora ampliada. Es aquí donde la feminización de la fuerza laboral toma todo su significado: en esta fase de la economía global el trabajo de las mujeres se va incorporando cada vez más al sistema internacionalizado. Dada esta nueva ubicación de las mujeres, hemos de esperar que contribuyan muy positivamente a una nueva dialéctica de la historia que supere la insensibilidad social y los triunfalismos superficiales típicos del pensamiento hegemónico del momento en que vivimos.